

JEZABEL. ¡Muerta soy!
 CORIOLÍN. ¡Ha de allá! ¡Así! ¡Ha de allá!
 ¡no se os vaya, que tendrá,
 como gato, siete vidas!
 SOLD. 1.º Perros salen á comerla.
 CORIOLÍN. Cada cual la descuartiza,
 y herederos de sus carnes
 van haciendo la partija.
 SOLD. 1.º Arrastrando se la llevan.
 CORIOLÍN. All alma tened mancilla;
 que con ella juegan diabros
 diz que á «salga la parida.»

RAQUEL. ¡Ya se acabaron mis penas,
 dulce esposo, prenda mía!
 Tu Raquel en tu venganza
 esta sangre te dedica.
 JEHU. Alce Israel la cabeza,
 pues de Jezabel se libra,
 y escarmiente desde hoy más
 quien reinare; no permita
 que su mujer le gobierne;
 pues destruye honras y vidas
la mujer que manda en casa,
 como este ejemplo lo afirma.

COMEDIA FAMOSA DOÑA BEATRIZ DE SILVA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

SILVEIRA.	PEREIRA.
OLIVENZA.	DOÑA BEATRIZ.
DON JUAN.	DOÑA ISABEL.
DON FERNANDO.	DOÑA LEONOR.
DON PEDRO PEREIRA.	EL CONDE DE PORTALEGRE.
DON PEDRO GIRÓN.	DON ALVARO. ¹
MELGAR.	DOÑA INÉS.
REY DON JUAN.	DON LUIS DE VELASCO.
DON PEDRO DE ARAGÓN.	DON DIEGO SARMIENTO.
DON ENRIQUE.	NUESTRA SEÑORA, <i>niña.</i>
GIRÓN.	SAN ANTONIO DE PADUA.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tiros de Artillería; música de todo género; fiestas de dentro, y saca SILVEIRA sobre los corredores de arriba, á un lado, una bandera con las armas de Portugal y Castilla.

SILVEIRA. La hermosa doña Isabel,
 Infanta de Portugal,
 (que va á dar mano de esposa
 al segundo rey don Juan),
 nieta del rey don Duarte,
 hija de aquel capitán
 que con la cruz portuguesa
 ganó renombre inmortal,
 ¡viva siglos infinitos
 por gloria de nuestra edad!
(Disparan y tocan chirimías.)
(Dentro.) ¡Vivan don Juan é Isabel
 por Castilla y Portugal!
*(Al otro lado saca arriba Olivenza otra
 bandera con las armas de Portugal y del
 Imperio.)*

OLIVENZ. La Infanta doña Leonor
 que gloria á estos reinos da
 y á Federico tercero,
 (que del Imperio alemán
 es monarca) llama esposo.
 ¡Viva!
(Dentro.) ¡Viva!

OLIVENZ. Desde el mar
 toquen festivos clarines,
 que á ellos responderá,
 (con marciales instrumentos)
 Lisboa.

(Entranse los de arriba.)

SILVEIRA. Haced disparar
 las piezas de este castillo.
(Música y tiros.)

(Dentro.) ¡Alemania!

OTROS. ¡Portugal!

ESCENA II

Salen DON JUAN y DON FERNANDO.

JUAN. Dejad las festivas voces
 crueles, que atormentáis
 un alma, entre amor y celos,

¹ En la comedia figuran D. ALVARO DE ESTÚÑIGA y D. ALVARO DE LUNA.

hecha esfera de un volcán.
No disparéis culebrinas,
ó con ellas me apuntad
al corazón, que hecho piezas
suspira por su mitad.
Vuestras galas son mi luto,
vuestras fiestas mi pesar,
vuestras bodas mis obsequias;
sin Leonor no vivo ya.

FERNAN. Mirad don Juan de Meneses,
que dáis nota en la ciudad
con esos locos extremos,
y que en vos parecen mal.
Atentos en vos reparan
cuantos castellanos hay
en Lisboa, á quien envía
por su esposa, el rey don Juan.
Encubrid vuestras pasiones,
ó (si amigo me llamáis),
decidme la causa de ellas,
que ofendéis nuestra amistad.

JUAN. Conde ilustre de Arroyolos,
¿para qué me preguntáis
lo que á voces manifiestan
mis desdichas?

FERNAN. Un año ha
que de estos reinos, y vos
ausente, troqué la paz
en Africa, por la guerra
que eterniza á Portugal.
Libre entonces os dejé
sin que arpones del rapaz
pudiesen en vuestro pecho
sus ciegas llamas lograr.
Si agora, pues que he venido,
olas al mar aumentáis,
quejas de viento á los vientos,
sin que os merezca sacar
la causa, ignorarla es fuerza.
¡Ay, don Fernando!

JUAN.

FERNAN.

JUAN.

¿Qué hay?
El médico por el pulso
conoce la enfermedad;
todo es pulsos un celoso
que son fuego de alquitrán
los celos, y humo de amor
de sus incendios señal.
Mas, pues, no sabéis la causa
de mis ansias, escuchad;
que mi pena, hasta aquí muda,
ya revienta por hablar.
Después que al rey don Duarte,
(que de Dios gozando está
para luto de estos reinos),
llevó la muerte voraz,
entre los pequeños hijos,
ramo de su tronco real,
que nos dejó para alivio
de su triste soledad,
fueron: el rey don Alonso
el quinto, en tan tierna edad
que aún cinco años no tenía,
dejándonosle en agraz,
y doña Leonor, su hermana,
que, de cuatro años no más,
como el sol, nos amanece
sobre su cuna oriental.

Quedaron los dos á cargo
del duque de Guimarán
y [de] Coimbra, tio suyo,
espejo de la lealtad.
Púsoles casa, y á mi
casi en los años su igual,
me introdujo su menino;
yo muchacho, amor rapaz;
criéme, con la licencia
que suelen los años dar,
con el Rey y con la Infanta,
privando entre los demás;
tanto, que sin mí los dos
no acertaban á jugar,
ni les supo cosa bien,
ni ¹ en mi ausencia hubo solaz.
Pero, quien se aventajaba
en mostrarse liberal
dándome favores tiernos,
que en desdichas vuelto se han,
fué la Infanta, mi señora,
comenzando amor rapaz
entre niños, á ser niño;
fué creciendo, viejo es ya.
Mil veces por el jardín,
entre calles de arrayán
y murtas, cogiendo flores
se vinieron á encontrar
las manos, al elegir
ya el clavel, ya el azahar,
abrasando á fuego lento
su nieve mi voluntad.
Y si entonces daban glorias
estos encuentros ¿qué harán
cuando saliendo del nido
sepa el ciego dios volar?
Mil veces (que á los colores
jugamos) sentí enlazar
entre favores de cintas
mi crédula libertad
que sin saber los peligros
(como el pájaro que va
al reclamo que le burla)
quise bien, saliéme mal.
Crecimos y creció el fuego,
volviéndose en natural
la costumbre poderosa;
y cuando á filosofar
comenzaban mis discursos
en alegre facultad
de amor, todo sutilezas,
que inventa la ociosidad.
Con los años en la Infanta
creciendo el respeto real,
crecieron los imposibles,
avaros en ver y hablar.
Desde entonces comencé,
Fernando, á experimentar
los efectos de mi fuego,
leve hasta allí, ya alquitrán.
Tuve celos, desveléme,
versos hice, di en rondar,
saqué galas, lucí motes,
frecuenté la soledad,

¹ El ni no está en el original ni en la reimpression.

y otros varios ejercicios
de esta profesión; juzgad
con tales huéspedes, Conde,
qué tal mi alma estará.
Las veces que, desde entonces,
permitió la autoridad
de la Infanta y sus retiros,
para asistir la lugar,
con equívocos favores,
con afable gravedad,
tuvo en pie mis pensamientos
y mi amor entre el compás
de esperanzas y recelos
non plus ultra de este mar,
puesto que juzgaréis loco
un amor tan desigual;
pero, no tanto, que dado
que es rama de un tronco real
y de Duarte heredera,
dió á mi sangre calidad
el Conde de Portalegre,
primero, (heroico Anibal
en las guerras) y del rey
Don Pedro hijo natural.
Abuelo materno mío
fué el marqués de Villareal,
descendiente de Diademas
Augustas, cuya igualdad
y la de mi amor perdido
pueden, Conde, disculpar
altiveces de mi empleo,
si amor es temeridad.
En efecto, llegó el fin
de mi vida, ya se va
la infanta doña Leonor
á Alemania, á coronar
por Fénix de Federico
y por sol que osen mirar
las dos cabezas de un cuerpo
blasón del Ave Imperial.
Ya se parte de Lisboa,
ya, Conde, se va embarcar
sobre los hombros del Tajo
que, de perlas y coral
guarneciéndome su cabeza,
celos tiene, porque el mar
en sus brazos la reciba
y su azul hurtando está,
como yo, que, imagen suya,
de los muros de San Gian,
arrojándome á sus olas,
mi fuego he de sepultar;
pues en mortajas turquíes
bien los celos morirán
que me abrasan, si para ellos
no es poca su inmensidad.
¡Hoy muero, hoy fenezco, Conde!
FERNAN. Los imposibles, don Juan,
cuando es discreto el amante,
redimen la libertad;
no lo ha sido vuestro amor,
su bien pudo recelar
tan remontados empleos;
más serálo desde hoy más,
que es la Infanta Emperatriz
sol que nació en Portugal
y va á derretir la nieve

del venturoso alemán,
de quien antípoda sois;
y, pues á obscuras quedáis,
á otra luz, no tan difícil,
si sois cuerdo, os alumbrad,
y Leonor goce mil años
el tálamo conyugal
del tercero Federico
que la aguarda en Aquisgrán.
Ya van saliendo las damas.

JUAN.

FERNAN.

JUAN.

¡Brava salva!
Imitarán
á mis suspiros, que encienden
celos, Conde, de alquitrán.

ESCENA III

Salen DON PEDRO PEREIRA y DON PEDRO GIRÓN y en
medio DOÑA BEATRIZ DE SILVA, de camino, todos
muy bizarros.—DICHOS.

PEREIRA.

Cuando en público acá la Infanta sale,
un caballero solo ocupa el lado
de la dama á quien sirve, porque iguale
el premio de su dicha á su cuidado;
mi amor quiere que en ello me señale,
y la presente suerte me ha costado
un año de servicios y desvelos
que aumentan ya esperanzas y ya celos.
Si allá en Castilla (noble caballero)
no se practica este uso cortesano,
ya que os aviso, aconsejaros quiero,
dejéis el puesto que ocupáis en vano.

PEDRO GIRÓN.

Nunca es blasón el término grosero,
que acostumbra el que es noble castellano,
que la corte del Rey don Juan segundo
puede enseñar medida á todo el mundo.
Esa ley (que contáis por maravilla)
es muy antigua allá y hala heredado
Portugal, de la Corte de Castilla,
como el reino también, antes Condado.
Obligación os corre de cumplilla;
pues siendo negligente enamorado
ni el uso que alegáis es de provecho,
ni á este lugar, por hoy, tenéis derecho.
Yo le ocupé primero y daré nota
de para poco, si por vos le dejo.

PEREIRA.

¿Sabéis quién soy?

PEDRO GIRÓN.

Nunca eso me alborota:
seréis de sangre y de valor espejo.

PEREIRA.

Soy nieto del que os dió en Aljubarrota
(mozo en el brío si en los años viejo)
noticia de la sangre de Pereira.

PEDRO GIRÓN.

La hazaña saldrá aquí de la Forneira
que hacéis de blasonar esa victoria,
propio del pobre (cuya corta hacienda

no se le cae jamás de memoria, y más cuando se cifra en una prenda); hidalgo parecéis de ejecutoria que no hay corrillo, calle, plaza ó tienda, donde venga ó no venga, (dando enfado) no salga el pergamino iluminado. Castilla tantas veces ha vencido á Portugal (desde su Rey primero) que la memoria de ellas ha perdido, aunque no vuestra sangre, nuestro acero. Pero, por qué del caso hemos salido, si vos hidalgo sois, yo caballero; si vos Pereira, yo Girón, que enseña los tres, blasón antiguo del de Ureña. Si vos acción tenéis á la ventura que se me sigue de este hermoso lado, yo le adquirí primero, y no es cordura el ser tras negligente, mal criado. (A ella.) Pero por no ofender vuestra hermosura (hermoso sol de quien será traslado el del cielo) decid pues se os concede quién gustáis que se vaya y quién se quede.

PEREIRA.

A no haber señalado juez tan presto yo, castellano, á hablar os enseñara, menos despreciador y más modesto, y del lado ó la vida os despejara; mas, pues en tales manos habéis puesto la justicia y acción que alego clara, de ella y de vos, señora mía, espero el mal despacho de este caballero.

BEATRIZ.

Fidalgos, siempre fué consejo sano no juzgar entre amigos, quien no intenta perder el uno, y más en día que gana tanta honra y con los dos voy tan contenta. A don Pedro Girón (por castellano á cuyo reino voy) me corre cuenta como á huésped servirle y serle afable, (si la ley del hospicio es inviolable). A don Pedro Pereira también debo, por deudo, contrerráneo y pretendiente, toda correspondencia y no me atrevo pagar su honesto amor ingratamente; dos Pedros á mi lado, ilustres, llevo; cada uno galán, noble, valiente, sin saber (cuando tanto entre ellos medro) distinguir lo que va de Pedro á Pedro. Y así, porque ninguno quejas tenga, ni yo pierda la dicha de tal lado, dispénsase esta ley. Cada uno venga en el puesto que halló desocupado.

PEREIRA.

Con vuestro gusto es bien que me convenga, pues estoy en el sitio mejorado, que si el derecho es, (con tal cosecha) tendré en serviros buena manderecha.

PEDRO GIRÓN.

Yo, que al izquierdo voy, no creo que pierdo la acción de venturoso (pues me cabe) el corazón, que yendo al lado izquierdo podré experimentar tierno y suave.

PEREIRA.

Más noble es el derecho.

PEDRO GIRÓN.

Si sois cuerdo ved que del corazón gozo la llave.

PEREIRA.

Sabréosla yo quitar.

BEATRIZ.

Hidalgos, paso, que me descuartizáis á cada paso.

JUAN.

¡Oh hermosa hermana! En fin Castilla puede privádonos de vos dejarnos solos.

FERNANDO.

En noche triste nuestro reino quede, pues se le ausentan juntos tres Apolos.

BEATRIZ.

Ese título solo se concede á las Infantas (Conde de Arroyolos) que en mí no caben excelencias tantas.

FERNANDO.

Reina en belleza sois, si ellas infantas.

BEATRIZ.

Señor don Juan ¿con tal melancolía? ¿Tan llano traje, cuando el mundo os loa por Adonis en gala y bazarria y es ramillete del placer Lisboa? ¿En tanto gozo, en tan festivo día, que no hay en tierra coche, en mar canoa, que desde el tope hasta el humilde lastre, telas no arroje, púrpuras no arrastre? ¿Vos sin una señal, sin una pluma con que escribáis en el papel del viento de esta jornada la felice suma, asunto ilustre á tanto pensamiento?

JUAN.

Borde, doña Beatriz, cándida espuma el turquesado y húmedo elemento, y brille al sol su inquieta superficie, porque del mar celosa llora Clicie. Retrate á Abril y Mayo el cortésano, y en varios campos recamados pinte, siendo abeja oficiosa, que el verano flores de seda coge, que hizo el tinte; y mientras, envidioso el tiempo cano, perfiles de oro en años no despinte, ni los países de la edad destemple (pues es la juventud pintura al temple). Quien gustos logra y al pesar no ha visto dé galas al amor, plumas al viento, que, si con ellas veis que me enemisto, siento esta ausencia y visto como siento.

BEATRIZ.

En fin ¿no hacéis jornada?

JUAN.

Aquí resisto ímpetus de un ligero pensamiento que me quiere llevar sobre sus alas, y á pesar del pesar envidia galas.

BEATRIZ.

Yo á Alemania creí que ennobleciera vuestra gentil presencia y nobles años, y que la Emperatriz os persuadiera á su asistencia.

JUAN.

Todos son engaños; más vale, hermana, que entre ausencias muera, que no entre irremediables desengaños.

(Disparan.)

FERNANDO.

Hermosa confusión.

PEDRO GIRÓN.

Célebres fiestas; la Emperatriz y Reina son aquestas.

ESCENA IV

Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ISABEL muy bizarras, de camino, SILVEIRA, OLIVENZA y otros.—DICHOS.

LEONOR. En fin, Portugal, que os dejo; que me parto, Lisboa, en fin.

OLIVENZ. Llorando y riyendo el Tejo, de escamas de oro un delfin rompe en el cristal su espejo, creyendo que ha de llevar á Vuestra Alteza á embarcar; llora nuestro Tejo y ría, pues pierde y goza en un día el sol que le usurpa el mar.

ISABEL. ¿Desde aquí hasta Aldea Gallega hay tres leguas de agua solas?

P. GIRÓN. Tajo á Vuestra Alteza ruega que pise plata en sus olas y la lengua humilde llega conque lisonjero lame la arena para que os llame y á que la piséis os lleve.

ISABEL. Quien á dejarle se atreve bien es que otro mar derrame.

P. GIRÓN. Antes de veros partir de aquí aumenta su placer, y vos le podéis seguir, si en Cuenca le veis nacer ya que aquí le veis morir; que estimará en mucho el Tejo que, mirádoos en su espejo, le gocéis, dándole nombre, niño en Cuenca, en Toledo hombre y en nuestra Lisboa viejo.

OLIVENZ. (A doña Leonor.) Hora es ya que Vues-

[tra Alteza

se embarque, porque el mar, rico en poseer tal belleza, aseguró á Federico tranquilidad y llaneza.

SILVEIRA. (A D.^a Isabel.) Ya es hora de que piséis un barco sobre que honréis (desde la quilla á la gavia) de Tiro, esquilmos y Arabia.

PEREIRA. (A D.^a Leonor.) Gran señora no lloréis.

LEONOR. Lisboa es merecedora de esta amorosa señal;

pues no la ama quien no llora, ni tiene ciudad igual el orbe en cuanto el sol dora.

(Sale el Conde de Portalegre.)

CONDE. Denos los pies Vuestra Alteza.

LEONOR. Don Diego de Silva, alegre vuestra vista, mi tristeza, pues Conde de Portalegre os llama vuestra nobleza.

CONDE. Yendoos vos, señora mía, no me pidáis alegría.

LEONOR. Doña Beatriz, vuestra hermana, no quiere ser alemana ni admite mi compañía.

BEATRIZ. La reina, nuestra señora doña Isabel, cuya hechura soy, me honra consigo.

LEONOR. Adora Portugal, vuestra hermosura; sin vos esta corte llora y yo (que quiero seguilla en esto) ya que á la silla del Imperio voy, gustara de que Alemania os gozara que está envidiando á Castilla: mas pues no gustáis, á Dios.

BEATRIZ. Federico, gran señora, al mundo deje de vos sucesión, que cuanto dora el sol, rija por los dos.

ISABEL. En fin, Conde, ¿acá os quedáis?

CONDE. Alfonso, el rey, mi señor, me lo manda.

ISABEL. ¿Y vos gustáis?

CONDE. Pero al de Campomayor, mi hermano, por mí lleváis; y de su prudencia fio, pues en mi nombre le envío, que hará como portugués.

ISABEL. Don Alfonso Vélez es buen lleno de tal vacío.

LEONOR. Pues, don Juan ¿vos solamente ni me habláis, ni os despedís?

JUAN. No es la lengua suficiente á explicar, cuando os partís, lo mucho que el alma siente; y pues viéndoos mudo quedo, y todo lo que decir puedo y Vuestra Alteza advertir, juzgue que llego á decir cuando aun lo posible excedo. Mudo el pesar me consuma con que triste os reverencio mas vos me entendéis, que, en suma, á veces habla el silencio. más que la lengua y la pluma.

LEONOR. Ni os despedáis, ni deis nombre de ausente, ni así os asombre la navegación que sigo; porque quiero que conmigo vengáis, por mi gentil hombre. Juntos nos hemos criado; lo que la niñez imprime nunca el tiempo lo ha borrado; ella da causa á que estime la fe que me habéis mostrado. En mi nave os embarcad.

JUAN. Ponga Vuestra Majestad esos pies en estos labios, pisará en ellos agravios de una necia liviandad que estuvo desconfiada de tal merced y favor, y ya vive restaurada.

LEONOR. Don Juan, siempre os tuve amor; servidme en esta jornada.

ISABEL. Vuestra Majestad me dé licencia y brazos.

LEONOR. Mejor pena y lágrimas daré en empeños del amor que, desde niña, cobré á Vuestra Majestad.

ISABEL. Diga el sentimiento que obliga en mis ojos á llorar, gran señora, mi pesar.

LEONOR. ¡Ay prima, ay reina, ay amiga! Vuestra Majestad se queda en España, (que reporta su pena y lágrimas veda) pues ¿con jornada tan corta qué mal hay que durar pueda? Mas yo (que desde el Oriente de nuestra patria excelente, por tanto piélagos paso hasta el alemán ocaso) lloraré más justamente.

ISABEL. Presto se consolarán con un monarca del mundo llantos que penas nos dan.

LEONOR. Del rey don Juan el segundo gocéis un tercer don Juan, señora, que os dé á los dos un nuevo orbe.

ISABEL. Y nos deis vos un sol en la imperial silla.

LEONOR. ¡Adiós reina de Castilla!

ISABEL. Augusta alemana ¡adiós!

(Por diferentes puertas se entran las dos y todos los demás con mucha música y tiros, y quédase don Juan.)

ESCENA V

DON JUAN.

Muy enhorabuena vayas, bello Fénix portugués, esfera y patria de amor. Mayo agosto, real vergel; vayas muy enhorabuena premiadora de mi fe, alivio de mis congojas, cifra de todo mi bien, Leonor, honor de este siglo. Celoso desesperé, cuando, piadosa, cortaste á mi garganta el cordel; por tu gentil hombre gustas que vaya contigo, iré Leonor, por tu hombre gentil, pues como tal he de hacer altares en que idolatre

en ti mi amor, siempre fiel, sin que se atreva mi vida á otra imagen, á otra ley.

ESCENA VI

Sale MELGAR.—DICHOS.

MELGAR. Par Dios, señora Lisboa, que desde este día no de un zeoti de Portugal por toda vuesa merced. Sin Leonor se queda á oscuras, desierta sin Isabel, en el limbo sin Beatriz y viuda sin todas tres.

JUAN. ¿Qué es esto Melgar?

MELGAR. Desdichas. Desdichas.

JUAN. ¿Desdichas? ¿Cómo ó de qué?

MELGAR. Bueno es el qué que preguntas.

¿Qué fidalgo, hombre de bien ó de mal, hay en Lisboa; qué sucesor de Moisés; qué mercader á caballo ó qué caballero á pie que sus lacayos no vista, pues desde el picaro al Rey con galas hacen la corte un tablero de ajedrez? ¿Es hoy día de bayeta? Cuantos muchachos me ven me tiran de pepinazos, llamándome (y hacen bien) paje ó lacayo de *requiem*.

JUAN. Desesperarme pensé; corté luto á mi esperanza, marchitábala un desdén, mas ya salió de peligro, dame galas, mudaré el traje con los pesares; plumas vengan, porque den alas á mis pensamientos.

MELGAR. ¿Burlámonos?

JUAN. Anda, ve.

MELGAR. ¿Qué color?

JUAN. Azul y plata.

MELGAR. ¿Celos castos? ¡Oh, qué bien!

¿Qué plumas?

JUAN. Del color propio.

MELGAR. Y yo ¿qué me vestiré?

JUAN. El que llevé de camino, cuando partí á Santarén.

MELGAR. Ya se me folija el alma;

y luego, ¿qué hemos de hacer?

JUAN. Embarcarnos con la Augusta.

MELGAR. ¿Cuándo?

JUAN. Al punto.

MELGAR. ¿Luego?

JUAN. Pues.

MELGAR. ¿Qué correncia te da prisa?

JUAN. Esto manda una mujer.

¿Mujer dije? Un cielo, un ángel.

MELGAR. Patudo, si tiene pies.

JUAN. La Emperatriz me ha ordenado

que fin á mis penas dé,

y por gentil hombre suyo

vaya á Alemania.

MELGAR. Hace bien;

pero, quítale el gentil

y por hombre suyo ve.

JUAN. ¡Ay, cielos!

MELGAR. Diablos son bolos, virla y prueba; pero, ven, si es que habemos de vestirnos.

JUAN. Amor, como alas me des,

lcaro, me atrevo al sol;

¡ojalá me abraze en él!

(Vanse.)

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA y DON FERNANDO.

PEREIRA. Aguas del Tejo doradas, que con las del mar tejéis listones de azul y plata, parad el curso, tened.

La hermosura se nos huye, la discreción, el placer, con doña Beatriz de Silva si su asistencia perdéis.

No crezcáis con la marea; vuestro cristal en sus pies sirva de grillos piadosos: ¡corréos aguas de correr á desterrar vuestra dicha! que para tanto interés honra es el volver atrás si acá con ella volvéis.

FERNAN. ¿Por qué, pródiga Lisboa; inclita ciudad, por qué pobre atreves á quedarte y á otros vas á enriquecer? Si á Leonor das á Alemania, como á Castilla á Isabel, dejárasnos á Beatriz que cifra de todos es.

PEREIRA. Ya, amor, (pues ella se ausenta) no os llaméis más portugueses; pasad gustos á Castilla que aquí no los puede haber. Galas, convertíos en lutos; saraos, desde hoy no tendréis el aplauso que hasta agora veáis, pues Beatriz no os ve. Cerrad puertas y ventanas; cortesanos, no habitéis corte que queda tan corta, ausente amor, que es su Rey.

ESCENA VIII

Salen DON JUAN muy bizarro, y MELGAR bien vestido.
Dichos.

JUAN. ¡Oh, Conde amigo! ¡oh, don Pedro!

A que los brazos me deis

os traen los cielos: adiós.

FERNAN. Don Juan de Meneses ¿pues,

qué mudanza repentina

tan presto os pudo volver

de triste alegre y gozoso?

JUAN. Efectos del bien querer.

FERNAN. ¿A dónde vais?

JUAN. A Alemania.

FERNAN. ¿Y tan gustoso?

JUAN. Hay por qué.

FERNAN. ¿Quién lo manda?

JUAN. Quien me hechiza.

FERNAN. Será la Emperatriz.

JUAN. Es.

FERNAN. ¿Lleváis esperanzas?

JUAN. Muchas.

FERNAN. ¿En qué las fundáis?

JUAN. No sé.

FERNAN. ¿Contra un Aguila Imperial

voláis? No la alcanzareis.

JUAN. Es amor sacre sublime;

empresa de su fuego es,

Conde, ó vencer ó morir

venceréla ó moriré.

(Tocan y disparan.)

MELGAR. A leva tocan ¿qué esperas?

Sube, que allí está el batel

y ha de ir á la capitana.

FERNAN. Ventura la suerte os dé.

JUAN. ¡Adiós, fundación de Ulises!

MELGAR. Adiós, seboso Babel,

Castillo, Plaza, Rua Nova,

Palacio, San Gian, Belén,

Cruz de Cataquifaras;

á Dios, Chafari do Rei,

bayeta, boas botas, luas,

blancos y negros también;

que voy á beber cerveza

por no olvidar el beber.

(Tocan y disparan.)

JUAN. Arraez la plancha, que tocan

á leva segunda vez. *(Vanse los dos.)*

ESCENA IX

DON FERNANDO y PEREIRA. Voces dentro.

FERNAN. Alegre estruendo.

PEREIRA. Decid

triste y así acertaréis;

pues se despuebla la corte.

FERNAN. Ya empiezan á descojer

linos que el viento se vista.

Si las naves queréis ver

(que ya de la barra salen)

y el barco donde Isabel

y Beatriz dan luz al Tajo,

aquí, don Pedro, os poned.

(Dentro con música, tiros y grita.)

UNOS. ¡Leva, leva!

OTROS. ¡Buen viaje!

PEREIRA. ¿Que esto nuestros ojos ven?

UNOS. ¡Alemania!

OTROS. ¡Portugal!

UNOS. ¡Viva el César!

OTROS. ¡Viva el Rey!

TODOS. ¡Castilla y Portugal, vivan!

OTROS. ¡Vivan Leonor é Isabel!

PEREIRA. ¡Viva Beatriz! y yo muera

pero sin verla; si haré. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen el REY DON JUAN DE CASTILLA, DON ALVARO DE ESTÚÑIGA y los INFANTES DE ARAGÓN, DON ENRIQUE y DON PEDRO, de camino todos.

- REY. Bien habemos caminado.
 ENRIQUE. De Valladolid á aquí no has descansado.
 REY. Seguí los afectos de un cuidado.
 PEDRO. Ya estamos en Badajoz.
 REY. Presto, primos, veré en él si es tan hermosa Isabel como publica la voz que enamora á todo el mundo.
 ENRIQUE. Cuando sea tan hermosa merecerá ser esposa del Rey don Juan el segundo. Mas mucho me maravilla que llegue á ser la fortuna de don Alvaro de Luna tan poderoso en Castilla, que él solo baste á casar á Vuestra Alteza con quien no es hija de Rey, ni es bien (pues me llevo á declarar) que, cuando lo contradice la castellana nobleza solo por él, Vuestra Alteza, estas bodas solemnice.
 REY. La infanta doña Isabel es (pues en eso advertís) nieta ilustre del de Avis rey de Portugal, de aquel que en Aljubarrota un día á Castilla destrozó, y con su esfuerzo borró manchas de su bastardía. Mas, si va á decir verdad, y veis que por todo paso, por don Alvaro me caso mas que por mi voluntad; quiérole bien y no sé decirle á cosa de no.
 ENRIQUE. Ninguno á su Rey casó, guardando lealtad y fe, por su elección solamente.
 PEDRO. Ni se elige la mujer por ajeno parecer.
 REY. Cuerdo es Alvaro, y prudente; no hará cosa que me esté, primos, mal el Condestable; pero rigor es, notable, que antes que cuenta me dé de estas bodas, las concierte con el rey de Portugal.
 PEDRO. ¿Y no le estará eso mal á Vuestra Alteza, si advierte, lo que don Alvaro habrá de esos conciertos sacado?
 ENRIQUE. Yo sé que no lo ha tratado en valde.
 REY. Ello es hecho ya.
 ENRIQUE. Bien se puede deshacer.
 REY. Sí que don Alvaro dió, por mí, no puede ser, no; quien mi amigo intente ser

de don Alvaro lo sea. Cuando Isabel no sea tal como afirma Portugal, si me pareciere fea, primero que llegue á vella, á don Alvaro veré que, como él contento esté luego la tendré por bella.
 ESTÚÑ. Solo falta que le den la silla y corona real.
 REY. Nada me parece mal como á él le parezca bien.

ESCENA XI

Sale DON ALVARO DE LUNA.—DICHOS.

- ALVARO. Vuestra Alteza, gran señor, con sus grandes se aconseje, y este casamiento deje, que es lo que le está mejor. A don Alvaro, dé oídos, de Estúñiga, que es Justicia mayor, y tiene noticia de los tratos conocidos que tengo con Portugal, y lo que en casarle medro; á don Enrique y D. Pedro (que me llaman desleal) como á Infantes de Aragón, oiga también, y no pase por conciertos, ni se case en virtud de mi elección; que cuando sin hijos quede (por no casarse) aquí está don Enrique, en quien tendrá prenda que á Castilla herede. Donde asiste su persona no hace falta mi presencia; deme su mano y licencia, retiraréme á Escalona.
 REY. En vos se ha comprometido mi voluntad, Condestable; murmure Castilla y hable, que si por vos he venido á Badajoz á casarme, y porque agradaros trato sin haber visto retrato de la Infanta, ni informarme de su hermosura, ó su edad, no más de por daros gusto, firme está mi voluntad. Por vida de vuestro Rey que os desenojéis.
 ALVARO. Señor, el ausentarme es mejor, que no os guardo amor ni ley, pues contra mí os aconsejan los tres que me han calumniado, no he de andar á vuestro lado mientras ellos no le dejan.
 ESTÚÑ. A no estar el Rey delante y respetar este puesto...
 REY. Justicia mayor ¿qué es esto?
 ENRIQUE. Yo os buscaré.
 REY. Paso, Infante, salid los tres de mi corte.

- ENRIQUE. A salir de la lealtad con que Vuestra Majestad obliga á que me reporte, yo mis agravios vengara; pero, ocasión habrá alguna en que quite de esa Luna Vuestra Majestad la cara, y la ponga en la razón.
 ESTÚÑ. Luna en breve menguaréis; que puesto que llena os veis, estáis en oposición. (Vanse los tres.)

ESCENA XII

Sale DON PEDRO GIRÓN.—DICHOS.

- P. GIRÓN. Mande, señor, Vuestra Alteza todos los grandes salir si tienen de recibir la Reina, que á entrar empieza en Castilla, y ya estará en el río que divide los reinos.
 REY. Si es bien se olvide este sentimiento ya, id, Alvaro, á recibilla; no riñamos más los dos; andad y llevad con vos los títulos de Castilla, que porque estemos en paz y vos partáis como es justo, que os llame su Conde, gusto, Santisteban de Gormáz.
 ALVARO. Besaré estos pies.
 REY. (Tiénele.) No es bien, cuando los brazos os doy, que mis pies, aunque Rey soy, encima la Luna estén. (Vase D. Alvaro.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos DON ALVARO.

- P. GIRÓN. Favor y dicha notable.
 REY. Contra las leyes de amar, don Pedro, me he de casar, á elección del Condestable; y aunque el suyo es tan conforme y tan ajustado al mío, que de él estas cosas fio, manda el alma que me informe de quien su dueño ha de ser. Don Pedro, ¿es Isabel bella? ¿Es discreta? ¿Podré en ella mi sosiego entretener?
 P. GIRÓN. Dos retratos traigo aquí, que ha podido, gran señor, el uno pintar amor, y la lealtad que hay en mí, el otro: éste es de la Infanta; (Dale uno de los dos retratos.) Vuestra Majestad le vea y la valentía crea que se atrevió á copia tanta.
 REY. Si iguala al original ésta, que al sol mismo agravia,

ya el Fénix faltó de Arabia ya enriquece á Portugal: bella mujer.

- P. GIRÓN. ¡Ay de mí! (Aparte.) Los retratos he trocado; el que es hermoso traslado de doña Beatriz, le di. ¿Qué haré? (A él.) Advierte, gran señor, Don Pedro Girón ya advierte, ¡ñor que si me ha vencido muerto tema vivo al vencedor. No sale en su hermosa cuna más bello el cuarto planeta; elección, al fin, discreta de don Alvaro de Luna. Tan perdido estoy por él, que si original no hubiera ó en nada se pareciera á esta imagen mi Isabel, aunque su amor perdonara, á pesar de su hermosura, adorando esta pintura con el naipe me casara.
 P. GIRÓN. ¡Bien mi amor ha satisfecho! (Aparte.) ¡Bien á la Reina obligado y con el Rey informado muy bien su partes he hecho! Quiérole desengañar de que es de doña Beatriz, que amor tierno en la raíz no es difícil de arrancar. (Al Rey.) Considere Vuestra Alteza que este retrato...
 REY. Ya sé que me pediréis que os dé el porte de esta belleza. Marqués de la Mota os hago.
 P. GIRÓN. Advierta que no es razón.
 REY. Diréis, don Pedro Girón, que con escaseza os pago. Nunca el amor es avaro, y más cuando es el amor de un Rey como yo. Señor sois de Villaescusa de Haro, y si esto os parece poco, pedid, que más se os dará.
 P. GIRÓN. ¿Qué remedio? El Rey está por mi portuguesa loco: pero, advertirle conviene el engaño en que le he puesto. Señor, la verdad. (Suena música.)
 REY. ¿Qué es esto?
- ESCENA XIV
 DON ALVARO.—DICHOS.
- ALVARO. La Reina, gran Señor, viene, y entra ya por la ciudad; salgámosla á recibir.
 P. GIRÓN. ¡Que no me ha querido oír!
 REY. Si iguala á vuestra beldad bella imagen, vuestro dueño, conquiste don Juan segundo (para que os le ofrezca) un mundo porque mi reino es pequeño. (Vanse sino es don Pedro Girón.)

ESCENA XV

PEDRO GIRÓN.

¿Tan presto ha enternecido una pintura,
del Rey el corazón, que fué diamante?
¿Libre en un punto, en otro ciego amante?
¿Y yo por descuidado, sin ventura?
Pero amor (cuando llega á coyuntura,
introduce su forma en un instante
y obra la voluntad, si ve delante
el objeto eficaz de una hermosura.
¿Que haya podido hacer tan grave daño
el truco de un papel pintado? ¡Ah, cielos!
Y que yo en el remedio ignore el modo.
Perderé á mi Beatriz, verá mi engaño
el Rey don Juan; tendrá la Reina celos
y yo, inocente, pagaré todo.

ESCENA XVI

Salen por una parte la REINA y DOÑA BEATRIZ y acompañamiento, y por la otra el REY y los suyos.—
DICHOS.

REY. Vuestra Alteza ha enriquecido
(A doña Beatriz.)
mi Castilla; y pues en ella
reina sol de luz tan bella,
día es ya si noche ha sido.
Lisonjero había creído
que era con vos el pincel,
y haciendo cielo un papel
consolaba vuestra ausencia.
Mas ya sé la diferencia
que hay de Isabel á Isabel.
Bella es Isabel pintada,
pues mi libertad cautiva;
pero con Isabel viva
será sombra inanimada.
Elección bien acertada
de don Alvaro de Luna,
para mi amor oportuna,
y este hemisferio español;
pues fué bien que de tal sol
fuera tercera la luna.

BEATRIZ. Mire, señor, Vuestra Alteza
que no soy la Reina yo,
vuestra esposa.

REY. ¿Cómo no?
P. GIRÓN. Aquí mi peligro empieza.

REY. Don Pedro: ¿de esta belleza
este retrato no fué?

P. GIRÓN. No, señor, que le troqué
cuando turbado os le di.

REY. Tarde en la cuenta caí; (Aparte.)
mal remediarne podré.
Vuestra Alteza me perdona,
(A la Reina.)
que á tanta luz deslumbrado,
no es mucho me haya engañado
la que delante me pone;
y porque mi yerro abone
baste que en esta ocasión
conjeture mi elección
(aunque avergonzada está)
¿qué tal la Reina será
si tales sus damas son?

ISABEL. No es nuevo adorar, señor,
á Efestión (yendo al lado
de Alejandro) el que ha juzgado
por la presencia el valor;
pues haciendo este favor
á doña Beatriz hermosa,
diré (sin estar celosa)
que Vuestra Alteza acertó;
pues doña Beatriz y yo
somos una misma cosa.

REY. Discreta habéis satisfecho
mi inadvertencia, yo sé
como os desagraré.

(A don Pedro aparte.)

¡Ay don Pedrol! ¿Qué habéis hecho?
aposentóse en mi pecho
doña Beatriz (que sosiega
de mi amor la llama ciega)
y á Isabel dejo burlada;
que el alma, como es posada,
se dá al primero que llega.
Venga Vuestra Majestad.
¡Ay engañosos despojos (Aparte.)
que del modo que los ojos
me lleváis la voluntad!

P. GIRÓN. (Aparte.) Celos, desde hoy castigad
mis descuidos con desvelos.

PEREIRA. Si á Beatriz ama el Rey ¡cielos!
¿qué hará quien viene á servilla?

ISABEL. Basta; que he entrado en Castilla
por la puerta de los celos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA BEATRIZ y DOÑA INÉS, dama.

BEATRIZ. Alegre está Tordesillas.
INÉS. Si en estas bodas ha sido,
entre ciudades y villas,
solo el lugar escogido
del Rey ¿qué te maravillas?

BEATRIZ. ¡Bravas fiestas, diestras cañas,
valientes toros!

INÉS. Los hijos,
(Beatriz) de las dos Españas,
aun hasta en los regocijos
se entretienen con hazañas.

BEATRIZ. ¿En fin tenemos torneo
esta noche?

INÉS. Del amor
que te tienen, noble empleo;
pues dando á tantos favor,
tan repartida te veo,
que te juzgo enamorada,
y no sé, en particular
si lo estás.

BEATRIZ. Todo me agrada,
y á todos quiero igualar,
y no me enamora nada.

INÉS. A don Pedro diste un guante.

BEATRIZ. Es Pereira y mi pariente;
portugués en lo constante,

en lo airoso, en lo valiente
y Portugués en lo amante.

INÉS. En Castilla está por tí
bien, por fuerza, has de quererle.

BEATRIZ. Quiérole, Inés, así, así,
lo que basta á entretenerle,
pero no á salir de mí.

INÉS. Si eso es verdad, no has andado
grata á su merecimiento,
pues le has con otro igualado.

BEATRIZ. ¿Cómo?

INÉS. A don Diego Sarmiento
el otro guante le has dado.

BEATRIZ. Pidióle con cortesía;
es ilustre castellano
y cuando calzada via
la una á la otra mano
envidiosa se corría.

INÉS. El don Diego es por extremo,
y si en tal Sarmiento ves
llamas de amor, ya te temo.

BEATRIZ. A tales llamas, Inés,
caliéntome y no me quemó.

INÉS. Créolo, pues te divierte
don Luis de Velasco.

BEATRIZ. Sabe;
tiene alma, es gallardo, es fuerte;
por lo secreto y lo grave
entre damas tendrá suerte.

INÉS. También mostraste largueza
en favorecerle.

BEATRIZ. Sí,
que es mucha su gentileza;
y como los guantes di,
fui á pedir á la cabeza
una flor de su tocado.

INÉS. En fin, ¿ha de dar favores
á todo tu amante agrado?

BEATRIZ. Que quieres guantes y flores,
danos las tiendas y el prado;
no he de ser yo menos que ellos.

INÉS. En no habiendo más que dar,
pediráslo á tus cabellos.

BEATRIZ. No, Inés, que no ha de llevar
mi gusto nadie por ellos.

INÉS. Sé con todos general,
porque así, Beatriz, conserves
tu inclinación liberal,
con tal que uno me reserves,
que no me parezca mal
y me da con ocasión
celos de tí.

BEATRIZ. No me espanto
¿quién es?

INÉS. Don Pedro Girón.

BEATRIZ. ¿Qué dices?

INÉS. Quiérole tanto,
que le he dado el corazón.

BEATRIZ. Como fuera gavilán
bien le dabas de comer.
Don Pedro es cuerdo y galán,
y yo (solo por saber
que celos pena te dan
aunque le igualé hasta aquí
con los otros) esa pena
he de aumentar.

INÉS. ¿Cómo así?

BEATRIZ. Todo lo que es cosa ajena
engendra apetito en mí.
En viendo en otra una gala,
luego por ella me muero
hasta estar de envidia mala;
al que desdenaba, quiero
si otra dama le regala.
Mira tú de qué manera
sufrirá mi inclinación
que lo que quieres no quiera.

INÉS. Esa es común condición
y no eres tú la primera;
pues que todas la heredamos.
Mas, las que nobles nacimos,
(cuando amistad profesamos)
con cordura resistimos
lo que necias deseamos.

BEATRIZ. Ahora bien, yo te prometo,
doña Inés, hacerlo así;
y, sólo por tu respeto,
olvidarle desde aquí.

INÉS. ¿No le has de dar, en efecto,
favor para este torneo?

BEATRIZ. Ni para fiesta ninguna.

INÉS. Voyme, pues, que hablar deseo
á don Alvaro de Luna.
A don Pedro venir veo. (Aparte.)
Escondida quiero ver
si esta portuguesa sabe
cumplir como prometer.

ESCENA II

Sale D. PEDRO GIRÓN.—DICHOS.

P. GIRÓN. (A D.^a Beatriz.) No tiene por cosa grave
el que es rico mantener
su familia con su casa;
mas al que (cuando le importa)
la fortuna le es escasa,
y dándole hacienda corta
le da los gastos sin tasa,
igualarale en rigor
conmigo, á quien hace aposta
hoy el Rey mantenedor,
si para ayuda de costa,
no os merezco algún favor.

BEATRIZ. Corréis vos por otra cuenta;
dama hay en Palacio, rica,
que manteneiros intenta
con el favor que publica
y en vuestro nombre alimenta.
Pedidla, don Pedro, vos
para esa empresa favores,
que en la corte de Amor, dios,
nadie sirve á dos señores,
ni tira gajes de dos.

P. GIRÓN. Es muy corto tiempo agora
para poder responderos,
por ser ya del torneo hora;
sólo podré cierta hacereros,
que siendo vos mi señora
no se sujeta mi amor
á otro dueño, ni otra ley;
porque es vasallo traidor
quien conoce más que á un rey
y sirve más que á un señor.